

Un cuerpo inhala o la presencia de la expresión

José Antonio Blasco Colina

Resumen

El cuerpo humano, en relación con su propio pasado y el universo, se reconoce como vehículo capaz de expresar lo intangible que nos habita. Voz de recuerdos esenciales y terreno de vulnerabilidad, en el cuerpo habitan imágenes y sensaciones útiles para construir formatos escénicos, y, desde la realidad, capaces de transmitir simbólicamente lo humano. Así el cuerpo es escenario en el cual el ser se reivindica frente al "Otro" y frente al destino ineluctable. Existimos ya que poseemos un cuerpo que llena los espacios de la realidad y lo ficticio.

Abstract

The human body, in relation with its past and with the Universe, is recognized as being a vehicle that is capable of expressing the intangible reality dwelling within us. Being a voice of essential memories and the ground for vulnerability, images and sensations dwell within the body that are useful when building scenic formats, and capable, from the point of view of reality, to symbolically transmit what is human. Thus, the body is the stage in which the being asserts itself facing the "Other" and facing an ineluctable destiny. We exist because we possess a body that fills up the spaces of reality and fiction.



De la obra *Vastos y ajenos*, de Luis Viana, foto de Miguel Gracia

En la contradicción parece residir nuestra existencia, una existencia de guerreros que inventaron la tolerancia y la política en la búsqueda del acuerdo, aunque sus logros les condenen al circuito de la guerra. Esos contrarios somos los seres vivos que construimos la historia, incluso la mayoría que esta borra como muestra de las limitaciones de su alcance frente a la majestad de la naturaleza.

Somos partículas del mismo carbono que compone las estrellas y cada uno de los objetos y sujetos conocidos en el universo. Un mismo material que también tiene la propiedad de mezclarse arbitrariamente para demostrar que la diversidad puede ser mortal e infinita. Esa diferencia que nos hermana es quizás nuestra mayor preocupación en la tarea de comprender las nociones que establecen la razón, a las cuales el arte incorpora las fuertes señales de la sensibilidad y las emociones.



De la obra *Aeriforme*, de Luis Viana, foto de Victor Pastore

Entonces son los humanos grandes observadores que sienten y responden a estímulos —visibles o no— a la precaria vista que nos guía. Somos los humanos grandes creadores de mitos, creyentes de un mundo que sucede a la muerte como comienzo de lo imperecedero, un mundo ya no regido por lo que vemos y tocamos. Ser humano es inquirir significados, es ser en expresión, término sobre el cual Víctor Fuenmayor aporta: “El término expresión puedo traducirlo, según la etimología, en presión hacia fuera de la imagen subjetiva que hace renacer el cuerpo bajo materialidades artísticas”.¹

Ser humano es así posible solo en la materia que con-forma, una grafía aleatoria donde habita la imagen, es decir, el producto del concepto y la sensación. Entre los caminos propios de la expresión, esta conoce en Occidente el formato escénico de la tragedia, construcción griega a partir de la realidad simbólica de todo humano. Culturalmente reconocemos como elementos de creación la violencia, la angustia y la desdicha; descubrimos en la fatalidad una aliada de elocuente atractivo para desnudar el miedo feroz de lo ancestral. Pero ante tal revelación mundial, en el arte occidental los sentimientos de héroes y vencidos, victimarios o mártires, son causas de exposición colectiva y

representación comunitaria como reflejo de una visión muy singular. Fábula de sombras, la tragedia desconoce a la justicia o a cualquiera otra herramienta cercana a la felicidad, acortando la vida del héroe luego de someterlo, derribando para siempre lo caído. Es el feudo de la furia, la morada de lo inexorable que pareciera vencer a la razón y la esperanza, el dominio de la necesidad. Pero en la tragedia encuentro un resquicio de rebeldía que reivindica al humano en su enfrentamiento con el Otro y, por lo tanto, con el entorno, donde nada ni nadie —incluso los dioses— son efectivas ayudas; ante el definitivo triunfo del odio y la confabulación del destino, la dignidad es condición de quien será vencido. No hay entrega ni obediencia al sino como destructiva fuerza que nos modela sin conciencia.

Ya los dioses no cuidan de nosotros.

Para ellos nuestra muerte es la ofrenda admirable.

¿Por qué demorarnos, pues, rebajándonos ante nuestra suerte?²

¿Cómo encontrar el trayecto hacia la expresión? Por siglos esta cuestión ha provocado una de las argumentaciones más paradójicas de la tradición occidental cuando una y otra vez, al lado del poder, aparece la imposición de la conciencia como único

camino reconocido oficialmente de metas llamadas evolución, desarrollo, progreso y civilización. Ciertamente la conciencia es considerada por filósofos como un elemento de resistencia al flujo del tiempo, una vereda hacia el conocimiento y el método en el curso del saber y la facultad de escoger, una conquista nada despreciable. Entonces el problema no es la conciencia y su aumento gradual en la suma de experiencias y sucesos de la vida, vertido en el progresivo conocimiento de sí mismo. La conciencia solo es barrera y penuria cuando niega el aporte del espíritu y sus condiciones irrepetibles e íntimas de cada hombre y mujer.

Acaso reconocer tal discordancia puede ayudar a no sorprendernos, con dolor e ingenuidad, al revisar el reporte de la humanidad y descubrir el silencio imputado a la expresión. Hipótesis, teorías y leyes son ingredientes de un complot que apunta su atención, especialmente, al cuerpo, tratando de suprimir su respiración como una bomba sin control que todo desacraliza, definiendo al cuerpo como un instrumento letal y sedicioso hasta para lo que la falta de conciencia no asegura un justo lugar: el inconsciente.

“Permite su cuerpo a los vivientes salir del conocimiento y reingresar en él”.³

La mayor libertad nace del magno rigor, causa y efecto que enseña por qué el caos inventó el orden para sobrevivir. La voluntad de crear lidia con la sentencia del vacío y la mudez, ubicando a la belleza y lo eterno frente al dominio del olvido y la prohibición. Para un cuerpo, para ser un humano, la expresión es contemplación del espíritu, nuestro filtro del entorno, y lo que hay en él de particular. La expresión demanda entendimiento, traducción e interpretación.

“Entendía que una nave debe ser, de alguna suerte, creada por el conocimiento del mar, y casi hechura de la misma onda”.⁴

El humano en plena posesión de sí es cuerpo en el espacio. Existe, por tanto, en un medio visible y casi intangible; su aparente inexistencia habla de esa otra característica humana que es la imaginación, la capacidad que tenemos de concebir una realidad más

allá de la inmediata, principio del arte, la religión, la mitología y hasta la tecnología. En la faena de ampliar las posibilidades de su condición ante la muerte y el miedo a la desaparición, el humano dispone del espacio como consecuencia adjunta de una conciencia del contexto que le define o que espera por definirse, tangible o no. La noción del espacio, aparentemente racional, considera una existencia que supera lo pragmático y lo científico, características mostradas como parte del gran logro de Occidente. El espacio puede ser una conquista del cuerpo en su verdad más absoluta, aquella que viene del sentir, proceso capaz de cambios y transformaciones definitivos en nuestra intimidad, la morada del ser.

De contradicción estamos compuestos en la quereña de la expresión. La historia de la humanidad en Occidente deja constancia de lo generado por el cuerpo y su enunciado, un cuerpo que respira enfrentando al poder deseante de modelos unitarios de producción, efectividad y total apego a intereses de dominación y racionalidad. El optimismo que este lado del mundo mostró ante la supremacía de la ciencia desde el siglo XVI, ha sido también la condena de la manifestación de todo aquello intangible que nos habita. Un frente generalmente individual aunque con conexiones importantes que generan grupos de guerreros, ha batallado contradiciendo la hegemonía al detenerse en el cuerpo y sus infinitas revelaciones, muchas de las cuales permanecen veladas.

Cuando la reproducción tecnológica de recursos y la constante reinversión del capital constituyen la base de nuestro sistema, el cuerpo aun sostiene su voz como recuerdo de lo esencial y el mórbido terreno de nuestra vulnerabilidad. Mientras un cuerpo respire y el movimiento llene el espacio de lo irreal, existimos.

Notas

1 *El cuerpo de la Obra*, Venezuela, Universidad del Zulia, 1999, p. 13.

2 Steiner, George, *La muerte de la tragedia*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2001, p. 11.

3 Valéry, Paul, *El alma y la danza*, Buenos Aires, Lozada S.A., 1940, p. 63.

4 *Ibidem*.